Guardiana

En la antigua Basti, hace casi veinticinco siglos, una valiente y apasionada mujer aristócrata luchaba contra sus adversarios, inmersa en la batalla mucho más que otros guerreros pertenecientes al ejército.

Su pelo azabache ondeaba, brillante a la clara e intensa luz del Sol, cubierto de salado sudor, y sus ojos castaños refulgían como dos gemas recién pulidas frente a una ardiente antorcha.

Giraba, corría y movía los brazos con brío, manejando con habilidad las afiladas y brillantes espadas que portaba, atravesando con ellas la carne de sus oponentes y rozando sus pieles con suficiente fuerza para abrirles heridas más o menos profundas, dejándolos inválidos para luchar, pero con la delicadeza justa para que no muriesen en el acto. Parecía que bailase con los miembros del ejército contrario, que se mostraban tan extasiados ante su danza que caían rendidos a sus pies, maravillados por su agilidad y por la precisión de cada uno de sus rápidos movimientos.

Un par de horas bastaron para que los luchadores de Basti derrotasen a sus oponentes, que, viéndose en seria dificultad para vencer, anunciaron su retirada y huyeron rápidamente de vuelta a su patria. Al cabo de la lucha, los que quedaron en el campo de batalla se arrodillaron ante la única mujer que había peleado, aquella que lideraba el ejército y cuya familia había fundado décadas atrás la ciudad de Basti. Uno de los soldados se fijó en el sangrante brazo de la joven, y, acallando las voces que celebraban el triunfo, alertó a la fémina.

—¡Su Señora, vuestro brazo sangra!

La pelinegra bajó la mirada a su bíceps, surcado por una larga herida que lo recorría de un extremo a otro de la que emanaba sangre a borbotones. Enseguida, su expresión cambió de la más ferviente alegría a la más triste decepción, aunque mantuvo las formas para no alarmar a los guerreros, que aguardaban en silencio la reacción de su superior.

—No… No es nada.—Titubeó la mujer.—¡Volvamos a casa! Ya hemos luchado suficiente por hoy, estoy más que satisfecha con vuestro trabajo. ¡Honremos a los que hemos perdido en la batalla de hoy con la euforia que nos brinda la victoria! ¡Enhorabuena a todos!

Entre vítores, elogios y palmadas en la espalda que consolaban a los que se lamentaban por la muerte de ciertos miembros del ejército, pusieron rumbo a Basti, donde los ciudadanos esperaban con impaciencia la llegada de sus valientes guerreros, que, recibidos con aplausos, les llevaron la grata noticia del triunfo, agridulce para algunos por la pérdida de sus seres queridos.

Los jefes de la ciudad, por su parte, acogieron a su hija con preocupación por la gran herida que presentaba en el brazo izquierdo.

—No os preocupéis, madre, sabéis que puedo hacerme cargo sola.

—Lo sé, pero esta es demasiado grande. Mucho más que las que has curado antes.

—Tranquila.—Sonrió la joven.—Puedo sanarla.

—Bien, pero ten cuidado.—Accedió su madre, devolviéndole la sonrisa.

Así, la muchacha se lavó en ese mismo momento el corte con agua de río que su madre había recogido por la mañana y se aplicó mejunjes hechos por ella

misma en la lesión, tapándola posteriormente con telas en jirones. Besó a su madre en la frente y, aparentemente recuperada del daño, salió a reunirse de nuevo con sus soldados.

Aquella noche, mientras dormía, una terrible y grave enfermedad la atacó, fruto de la infección de su herida, dejándola débil y desamparada. Sus padres la hallaron moribunda, pálida y fría en su catre la mañana siguiente, y pidieron ayuda a todos los sanadores que hubiese en la ciudad.

—No quedan curanderos, y tampoco hechiceros. Su hija era la mejor de todas.—Le comunicó el soldado que había enviado en busca de ayuda. Se dobló en una reverencia.—Lo lamento mucho. Me temo que no hay más remedio que dejar que pase lo inevitable.

Los padres de la difunta lloraron amargamente durante horas, lamentando la pérdida de su queridísima hija, y preguntándose por qué los dioses le habían concedido aquel desgraciado destino.

Todos los ciudadanos se estremecieron ante el anuncio del fallecimiento de su admirada y amada guerrera. No podían creer que un icono como ella pudiese dejarlos atrás, solos y desamparados, sin nada ni nadie que los protegiese como ella lo había hecho. Muchos incluso se atrevieron a no confiar en los rumores, y actuar como si continuase viva, quedando destrozados cuando aquellas historias se corroboraron al exponer a la población el inerte cuerpo de la corajosa luchadora.

Antes de llevar a cabo el rutinario ritual de cremación del cadáver, decidieron pedir a uno de los más talentosos escultores de la urbe que tallase una figura de

la Dama de Basti, como la llamaron a partir de su defunción, para conservar intactas aquellas únicas facciones y su carismática esencia.

Aquel habilidoso escultor, además de plasmar las intensas emociones que transmitía la bella mujer aristócrata en la piedra caliza, escogió los colores que mejor se adecuaban al carácter de la Dama: rojo, el color de la pasión, el temperamento y la eterna lucha sobre el trono, sus zapatos, su sonrosado rostro y sus gruesos y definidos labios; azul, el color de lo divino, de la inmortalidad y la salud, estampado en su manto y en ciertas zonas de sus ropajes; el marrón en su tostada piel; y negro en su cabello, fuerte y sano. También acertó con la ornamentación de la escultura: aquellos enormes pendientes que colgaban de sus orejas resaltaban su belleza, y los infinitos collares que rodeaban su cuello mostraban su poderío, su riqueza y su claramente altísima posición social. Los sencillos ropajes tampoco se quedaban atrás, pues, aunque simples, aquellas ropas no precisaban ser más ostentosas para mostrar el puesto que ocupaba la Dama en la sociedad.

Con la belleza digna de una deidad, mas la imperfección propia de la defectible raza humana, se alzaba segura en su trono alado como los halcones, tan atentos, tan observadores y sosegados… y a la vez tan ágiles, despiadados e implacables. Su trono también lucía unas garras en las patas, tan afiladas como las de un fiero león que gobierna la sabana siendo leal a su manada y a todos los seres vivos del ecosistema hasta el ocaso, pero que al alba destroza feroz a su primera presa del día para sobrevivir mediante los nutrientes que le aporte. Y es que así era la Dama. Tranquila, paciente, medidora y sagaz; furiosa luchadora, ávida cazadora, implacable y desalmada guerrera.

Tan sólo cuando la escultura estuvo terminada, los jefes de Basti accedieron por fin a incinerar a su sucesora.

Con la imagen presidiendo el ritual y la pira de leña como figura principal, los bastitanos se reunieron entre sollozos y plegarias para presenciar cómo el inmóvil y frío cuerpo de una de las más queridas mujeres de la ciudad se convertía en cenizas.

Yacía tumbada en su lecho de muerte, rebosante de paz pero con su característica expresión luchadora aún presente en su semblante. A pesar de tener los ojos cerrados, a través de sus párpados podía intuirse su penetrante e imponente mirada, y su postura rezumaba seguridad, ambición y osadía.

La Dama, vestida con una fina y ligera túnica blanca, no llevaba puestas ninguna de sus joyas, pues éstas impedirían que las cenizas quedasen perfectamente limpias y puras, sino que tenía sobre su abdomen, sujetas con sus inertes manos, las primeras armas de madera que le fueron otorgadas, así como algunas pulseras del mismo material decoraban sus muñecas. Lucía sencilla, pero tan bella como siempre lo había sido.

Tras unos minutos de cantos y rezos, dos soldados introdujeron el cuerpo de la Dama en la ardiente pira entre lágrimas, arrodillándose posteriormente ante la fogata con las cabezas agachadas en un gesto de respeto. En cuanto comenzó a arder, su esencia se hizo presente en el ambiente, llenándolo de un coraje que colmó los corazones de todos los presentes, reavivando así su esperanza en un futuro sin su Dama.

Las cenizas, recogidas en un pequeño recipiente de cerámica, fueron vertidas en una oquedad que el escultor había abierto en una de las patas del trono y

todos se giraron inmediatamente hacia la figura, agachándose y bajando la cabeza para rezar a la difunta.

Cuando todos se hubieron marchado, un grupo de soldados, ayudados por algunos voluntariosos habitantes, transportaron la escultura de la Dama hasta el Cerro del Santuario, con cuidado de no dañarla ni verter las cenizas inintencionadamente al suelo. Ya en la necrópolis, la metieron cuidadosamente en una cavidad previamente preparada para ella junto con armas, joyas y recipientes cerámicos vacíos, así como ánforas púnicas en las esquinas que se comunicaban con pequeños agujeros por los que verterían hidromiel para que disfrutara de la bebida en su siguiente vida. Finalmente, taparon la cavidad de manera que nada ni nadie pudiese entrar y profanar la tumba de la Dama.

Al borde de los cincuenta años, Francisco Presedo, Doctor en Filosofía y Letras y ahora catedrático de Historia Antigua en la Universidad de Sevilla, realizaba excavaciones cerca de la ciudad de Baza, en Granada. Era verano, finales de julio, y el calor que hacía en la zona le resultaba sofocante. Aún no se acostumbraba al tan caluroso clima del sur del país, que, en contraste con el clima de Galicia, su tierra, era descabelladamente agobiante.

Cavaba en lo que se hacía llamar el Cerro del Santuario, una de las necrópolis que había en el lugar, en la tumba número ciento cincuenta y cinco, donde nadie se había atrevido a introducir su pala aún.

Aquel agujero que cavaba parecía interminable: cada vez que pensaba que encontraría algo, había otro par de centímetros de tierra entre su pala y su hipotético hallazgo. Cuando estaba a punto de rendirse, vislumbró algo colorado

entre la arena. Al tocarlo con la mano y comprobar que no era posible extraerlo mediante la fuerza, continuó cavando con avidez a su alrededor hasta que logró tener la cabeza entera de una escultura fuera de la tierra.

—¡Eh! ¡Ayúdame, Pedro!—Llamó a su compañero, que se encontraba a unos metros de donde estaba él.

—¿Qué tienes, Paco?—Le preguntó sonriente, caminando hacia él con paso lento y vacilante. Cuando vio la cabeza policromada que Francisco había encontrado, su expresión cambió drásticamente.—¿Qué es eso?

—No lo sé, pero debes ayudarme a sacarlo.

—Sí, sí, claro…—Enseguida se puso manos a la obra. Ambos quedaban maravillados ante cada nueva parte que lograban sacar juntos a la luz. Finalmente, tras casi una hora de trabajo, tuvieron la figura completa fuera, que se encontraba en una pequeña estancia empedrada con armas y recipientes en el suelo.

—¿Es un hombre?—Preguntó Pedro.

—Yo diría una mujer.—Respondió Francisco, fijándose en los mechones de pelo negro rizado que escapaban de la tela que le cubría la cabeza. Miró ahora las joyas que colgaban de sus orejas y de su cuello, y las tocó suavemente con un dedo.—Y además bastante poderosa. Quizá fuese una mujer guerrera.

—O una reina a la que sus soldados tenían en alta estima.

—Quién sabe. El caso es que debemos llevarla a algún experto. Tenemos que presentarla a algún museo, o llamar a alguien que sepa del tema para que se la lleve. No podemos evaluarla nosotros.

—Eso es cierto.

—Aún así, observándola con detenimiento… Podría decirse que fue esculpida en los años antes de Cristo, quizá sea de los romanos o de los íberos…

Mirando a los ojos de la figura, lo único que se le pasaba por la mente era la repentina curiosidad que sentía hacia ella. De dónde venía, quién la había esculpido, cómo y cuándo lo hicieron.

—¿Y por qué estaba enterrada si es una escultura normal?—Preguntó Francisco.

—Quizá sea porque no es una escultura normal. Seguramente perteneciese a algún enterramiento, la persona que representa debe ser alguien importante que murió y, como homenaje, o como ritual, hicieron la figura para que se preservase joven a lo largo de los años.

—Sí, seguramente…—Contestó, pensativo, Francisco, que aún se encontraba ausente.

—En cualquier caso, debemos transportarla…

—¡Eh! ¡Vosotros! ¿Qué hacéis ahí?—Un hombre algo mayor que ellos se acercaba corriendo con dificultad a donde estaban.

—Esto… hacemos una excavación. Hemos encontrado esta extraordinaria escultura, ¿no le parece preciosa?

—Cielo santo… Sí, es ciertamente impresionante. Pero me temo que no tenéis derecho a estar aquí. Esta es mi propiedad, y yo en ningún momento he aprobado que nadie excavase aquí.

—Pero, señor…

—¡Ni peros ni nada! ¡Llevaos vuestras cosas de aquí ahora mismo!

—Debemos dejar la escultura, pero no puede entrar nadie. ¿Puede ocuparse de que no pasen aquí dentro? Por cierto, soy Pedro, él es Francisco.—Le tendió una mano.

—Soy Vicente. ¡Y no, no voy a ayudaros a hacer nada! Si no queréis que entre nadie, os buscáis la vida solitos, que tenéis edad suficiente. Ahora, ¡largaos!

—Está bien, está bien.—Accedieron los excavadores. Tras coger sus materiales, abandonaron el lugar y rápidamente condujeron hasta Baza, donde preguntaron en el Ayuntamiento por algún profesional que les pudiese ayudar en su labor, así como reclamaron el permiso que precisaban para continuar con su excavación.

Finalmente, se les concedió el permiso para excavar, lo que agradecieron a Don Vicente, así como les ofrecieron un equipo de unos siete excavadores bastetanos que ayudarían de buen grado tanto a la excavación como a la investigación de la pieza, su origen y su antigüedad, además de quién era la persona representada.

Al cabo de un tiempo, concluyeron que la figura estaba esculpida en piedra caliza y policromada con pigmentos naturales; que representaba a una mujer, probablemente de alto estatus social por el ajuar que dejaron en su tumba, y quizá guerrera por la presencia de armas; y que había sido creada en el siglo cuarto antes de Cristo. Además, dedujeron, por la época en la que fue esculpida y por su situación geográfica, que pertenecía a la cultura íbera, probablemente a la ciudad de Basti, que era sin duda la más cercana a la necrópolis.

La llamaron la Dama de Baza, que pronto adquiriría fama nacional por su valor patrimonial e histórico.

Segura, tranquila, misteriosa, impasible. Ahora, aquella extraordinaria y misteriosa escultura, además de ser uno de los iconos más importantes de la cultura íbera, es el motivo del orgullo que siente cada bastetano que, al ver a la protectora de su pueblo sentada tras el cristal de su cubículo en el Museo de Arte Nacional en Madrid, sonríe para sus adentros sabiendo que, de estar viva, su adulada Dama lo miraría con un brillo en los ojos diferente, se acercaría a su posición con un andar distinto, y, dedicándole un valioso suspiro, le susurraría al oído con voz angelical: "*Soy, y seré por siempre, guardiana de nuestra querida Basti.*"

Anuka